

Jugar a ciegas

Selección de cuentos

EDUARDO STILMAN

El signatario

La firma de Ruperto Barrios se me apareció -creí entonces que por primera vez- una tarde de abril, en el cielo de la Costanera. Signaba el firmamento, suspendida sobre el horizonte casi a ras de agua, sin que ninguno de sus rasgos cruzara la finísima raya que separaba el fondo celeste de la franja ácuea. Trepaba rectamente, con aire empecinado y unos 20° de inclinación sur. Si no fuera por un penúltimo trazo, vertical, que frenaba su carrera, y por el último, que la subrayaba, fijándola en el espacio con determinación, se diría que iba en busca de un documento perdido en algún rincón del sistema. Pero no. Permaneció inmóvil el tiempo necesario para cumplir su cometido, y en seguida se esfumó.

Aunque era domingo y sobaban paseantes, sólo yo vi la escritura en levitación. No me asusté, ni me froté los ojos. El firmamento firmado no es cosa de todos los días, pero la grafía intrusa me pareció escasamente sobrenatural, por dos razones. En primer término, su propio ámbito de manifestación, sin una nube, proponía un espíritu insidiosamente sedante, al que era difícil sustraerse. Y sobre ese escenario tranquilizador, el vasto trazado me resultó tan familiar como si yo mismo lo hubiese dibujado, porque la firma del tal Ruperto Barrios imitaba asombrosamente a la mía.

Habituado a los desquicios de la imaginación no quise excederme esa tarde. Le negué puño a la letra, deduciendo que el firmante era yo, que había lucubrado una fantasmagoría. Sin duda acababa de condensar en las alturas un personaje cuyas andanzas ulteriores dependían absolutamente de mis deseos. Había imaginado a Ruperto Barrios en sueños, y éste; aburrido de agitarse en fantasías que nunca recuerdo, procuró presentarse al mundo exterior mediante una inédita signatura aérea. Con su arabesca exhibición al aire libre, ante mis ojos abiertos, la criatura quiso asegurarse de que yo no la olvidaría. Y careciendo de materialidad, debió apropiarse de mi caligrafía.

Nada más razonable podía pensar yo de Ruperto Barrios, y el advenimiento de su título vacante no me alegró, ni siquiera como ficción posible. El recién llegado era sólo un par de palabras sin connotación, enunciadas, para colmo, con mi propia letra, la que más me empeño en disfrazar cuando escribo. Su único mérito se agotaba en la posesión de ese nombre, apto tal vez para desempeñarse en un teleteatro nacional. Como no estaba en mi vena ni en mi propósito elaborar semejante pieza, desistí de codearme con él, y llegada la hora del descanso me dormí tranquilamente, dispuesto a olvidar el asunto.

Recuerdo minuciosamente la pesadilla de aquella noche. Firmas en el cielo, sucesivas y destellantes, remedando relámpagos negros que voceaban el nombre de Ruperto Barrios. Y tras esta introducción, el aletear imparable de mil hojas de periódico ante mi cara. Eran diarios de otra época, que más tarde imaginé amarillentos. Leerlos era imposible. Alguien los hojeaba a velocidad

descomunal, las páginas pasaban tan raudamente como los fotogramas de una película, y la tipografía, por sí menuda, se confundía en un volapuk incomprendible. Sin embargo, esas páginas tenían algo común, por consiguiente visible, a pesar de ligeras trasposiciones espaciales, en la proyección. Todas poseían el aire inequívoco que caracteriza a nuestros vespertinos. Desde todas me miraba el mismo columnista, un señor instalado en el ángulo superior derecho de un recuadro. En todas, al pie del texto borroso, un clisé repetía con fidelidad mecánica la firma de Ruperto Barrios. En todas esas páginas, también, en caravana sobre oscuras pistas paralelas, un “mar magno de caballos despavoridos” disparaba hacia una meta que el raudo devenir periodístico del sueño no les daba tiempo de alcanzar.

Emergí de la pesadilla convencido de que Ruperto Barrios no era una ficción insignificante. ¿Qué era, entonces? Esa madrugada, por averiguarlo, perseguí furiosamente nociones errátiles, sombras de sombras de sombras que huían de mi cerebro como los pura sangre de la página de carreras, aunque mucho menos reconocibles. Tratando de capturarlas en la vigilia, me sentí como el lector que había sido en sueños, de periódicos cuyos mensajes son el vértigo.

Incurrí en desvaríos. “¿Es posible -me pregunté- la implantación de recuerdos artificiales?” En mi cabeza se había metido algo que era urgente evocar; incapaz de lograrlo, el pensamiento se lanzaba a aventuras insensatas. Me acosaban, además, dos opciones incongruentes. Mientras una forma fantástica de la sinceridad me comunicaba, por lo bajo y sin razones, la realidad de Ruperto Barrios, una forma igualmente fantástica del sentido común informaba que Ruperto Barrios era imposible, por la sencilla razón de que me plagiaba la firma. Esta discordia infundada entretuvo mi desvelo hasta que el despertador me concedió alivio.

Una hiriente sensación de incomodidad me inquietó durante toda la mañana. La refrendata celestial no me había trastornado, pero la pesadilla impresa demostró eficacia superior. El parecido de mi firma con la de Barrios (al mediodía también yo lo trataba con confianza, pensando en él directamente por su apellido) estaba exigiendo de mí algún gesto. Después de comer, acepté seguir los rastros del sueño y me encaminé hacia la hemeroteca, del Congreso, extrañamente sosegado por mi resolución. Estaba dispuesto a responder al llamado, para ver en qué terminaba la historia,

No tardé en dar con el comentarista de turf. En mi pesquisa recorrí varias colecciones de periódicos. Los hojeaba de atrás para adelante, empezando por las historietas, como cuando era chico. Aledaña a las tiras cómicas de *Noticias* estaba la sección hípica. Allí se había publicado, el 19 de agosto de 1956, la necrológica de Ruperto Barrios. En el ejemplar siguiente, es decir, en el anterior, descubrí su última columna. A continuación, sin faltar un

día, fueron apareciendo las precedentes, hasta llegar a la inicial, que vio la luz mucho antes de que yo naciera. La pesadilla era sincera: los chismes de Barrios estaban siempre ilustrados por el mismo retrato y culminaban monótonamente de la misma manera: con la inhumana reproducción de la firma melliza que el día anterior yo había considerado una extravagancia de mi fantasía.

La incomodidad se acomodó en mí a sus anchas, haciendo lugar a cosas peores. Agazapada entre las historietas, la caligrafía en pose del periodista había comenzado a contaminar mis retinas desde la más tierna infancia. Yo nunca había leído la página de carreras, pero al autógrafo de ese hombre no hacía falta prestarle atención; era virtualmente imposible abrir el diario sin verlo. Día tras día, año tras año, estuve acudiendo puntualmente a su encuentro, permitiéndole infiltrar mi mente joven, aprovecharse de la personalidad floja de un niño. Era explicable mi amnesia, cualquiera hubiera intentado olvidar esa violación. Ahora resultaba que el plagiarlo era yo. Hay quienes escriben a lo Borges, quienes pintan a lo Quinquela. A mí se me había pegado la firma de Ruperto Barrios, y me tenía en su poder.

¡Qué vergüenza sentí! ¡Qué humillación! ¡Despojado en la flor de la vida del caligrama que me señalaba y distinguía entre la humanidad! La rúbrica del hombre de espíritu es un tesoro más valioso que las huellas dactilares o el perfil de la raza. Pero mientras éstos son inalienables, mi autógrafo era ajeno, adoptivo, robado. Un par de incursiones aéreas le habían bastado a Barrios para acudir al rescate, sumiéndome en la peor de las miserias.

Destino paria, corrompido, no poder expresar el nombre propio con propia letra. Sí, mi firma seguía significándome, puesto que mostraba, aunque ilegiblemente, mis nombres y apellidos. Pero esto constituía un castigo agregado. En lo sucesivo no podría suscribir un documento sin refrendar, al mismo tiempo, una confesión de bancarrota moral. Más aún, el castigo era retroactivo. ¿Cuántas firmas había emitido en todos esos años? No podía saberlo, pero pensé en ellas con rubor. Ya andaban por el mundo, irrecuperables bastardas, expuestas a un cotejo denigrante.

Descompuesto, dejé pasar las horas de la hemeroteca con la mirada perdida en noticias que no veía. ¿Por qué se había cruzado en mi vida el cronista hípico? ¿Por qué me negaba la impunidad del olvido, enterándome de que mi firma era entenada? Con los ojos húmedos y el alma hueca, yo agonizaba como el protagonista recién informado de una enfermedad incurable y mis preguntas y recriminaciones languidecieron hasta extinguirse en un océano de diarios viejos.

Caminando de vuelta a casa rumié excusas poco atendibles. La edad en que perpetré el hecho me eximía de culpa. El abusador era Barrios, y los directores del diario sus cómplices; es una barbaridad poner las carreras de

caballos al alcance de un chico. Se me ocurrió que muchos pequeños podían haber caído en la misma trampa, que tal vez otros hombres estuvieran firmando como el muerto, es decir, como yo. ¡Maldita locura! Nunca podría rechazar la evidencia que me repugnaba. Por fortuna, el aire fresco de la tarde suavizó mis emociones. Antes de llegar compré un frasco de tinta azul, para reemplazar a la negra que había usado siempre. Creí que este pequeño cambio me ayudaría.

No fue así. Un temblor fino comenzó a agitar mi escritura, sin deformarla, lamentablemente, en sus rasgos reconocibles. Estaba poseído como si Barrios me hubiese robado el ánimo, no yo a él la rúbrica. El pequeño ceremonial que precede a toda firma -toma adecuada de la lapicera, examen crítico del espacio en blanco, cálculo del ángulo de ataque, gesto inicial- se convirtió en una agonía que no me atrevía a enfrentar en público, y que aun a solas me estropeaba el estómago, colmándome de resentimiento. Fue al recobrar me de una de estas crisis cuando decidí cambiar de firma.

Intenté corregir mi signatura, modificar el hábito y los reflejos que me acompañaran tanto tiempo. Comencé por aniquilar los dos últimos trazos, el subrayado recto y el freno final, el santo y seña de que allí se había firmado. Sin ellos la rúbrica se mostraba débil, insegura, parecía caerse del papel. Pero yo no perseguía belleza, sino novedad, y a esa exterminación la adorné con iniciales mayúsculas, en sustitución de las minúsculas modernistas, originales de Barrios. El resultado fue un gramólogo bizarro, estéticamente dudoso y de difícil reproducción. Lo practiqué con entusiasmo renacentista. Di más vigor a un trazo, afiné otro. Firmé y firmé, cien, trescientas, quinientas veces, hasta que supe hacerlo a ciegas. Tanto entrenamiento logró, al menos, expulsar al temblor de mi mano, guiada ahora por un sincronismo premeditado y novato; que yo deseaba tornar veterano e inconciente. Ya no imitaba a Barrios, aunque ciertos detalles -la unión del nombre con el apellido, el sesgo- que no logré variar siguieran recordándomelo.

A la mañana me dolía el brazo, pero estaba ansioso de estrenar mi nuevo estereotipo. Para tramitar una identidad flamante denuncié la pérdida de mis documentos, completé los formularios correspondientes y, en el momento preciso, firmé ante el burócrata como hay que hacerlo: de un tirón, sin pensarlo, rutinariamente. Y volví a suscribir mis credenciales con mi firma de toda la vida, bajo la conducción invisible de Ruperto Barrios.

Comprendí que mi brazo, víctima insobornable, no aceptaba divorciarse del engendro ajeno. Exigirle complicidad en la falsificación era tan descabellado como solicitar un cambio de aspecto a las líneas de la mano. Si quería eximirme del flagelo, no me quedaba otra alternativa que dejar de firmar.

Renuncié a mi rúbrica. Cancelé la cuenta corriente en el Banco y adopté, para terminar mis cartas, un sucinto inicialado. Todo marchó a la perfección y,

tras unos días de luto, empecé a sentirme mejor, cada vez mejor. Sé -y me lo han hecho notar- que he cambiado, que veo el mundo de otra manera. Tenía que arrojar por la borda esa cadena de tinta para recuperar la libertad. Ahora, yo soy hombre sin autógrafo, y la encarcelada es mi firma.

Es cierto que apenas logré desembarazarme del periodista cayeron sobre mí los heraldos de la nostalgia. Mi firma estaba definitivamente asociada con Barrios, y extrañándola, a una añoraba las visitas del otro, sin saber cuál ausencia me inquietaba más. Para aliviar esta única molestia me permito, cuando la saudade se agudiza, unas gotitas de transgresión.

Así, de vez en cuando me pregunto cómo era mi firma, si es que ya la he olvidado, qué andaré haciendo tan sola. Entonces, antes de acostarme, la saco de su calabozo para dibujarla en papelitos que arrojo luego a la basura. Esas noches vuelven a mi sueño las páginas de *Noticias* y su habitante, que -ahora más amable que hostil- cuenta a mi oído historias que no entiendo y me arrulla con las canciones de gesta de Yatasto y Mangangá. Somos signatarios de un pacto. Al firmar invoco. Durmiendo soy feliz, porque hice el cielo de una pesadilla. Y al despertar me confieso que no me gustaría olvidar del todo mi firma, ni alejarme del todo del lejano Ruperto Barrios, precisamente ahora, cuando los manejo a voluntad.

## La anunciación de Casimiro



Al principio fue una lluvia finita, que venía del sur y más que caer volaba, polvoreando el aire y desvaneciéndose antes de alcanzar la arena. Se colaba entre los rayos del sol de enero como un cazador furtivo, y los bañistas pensaron que seguiría viaje. Sólo Casimiro Herrera, dedicado al alquiler de sombrillas en Playa Bristol, expresó disenso. Se levantó de su reposera, examinó un momento el horizonte y dijo:

-Va para largo.

Cuando comenzó a exigir con urgencia la devolución de sus parasoles, ofreciendo a cambio el dinero anticipado, y hasta una pequeña indemnización, la playa entera decidió que estaba loco. Sin hacer caso de burlas ni quejas, Casimiro recuperó las sombrillas, clausuró el depósito con candado y se esfumó en busca de resguardo, con el apuro de quien abandona una bomba de tiempo.

Durante una hora la llovizna se entretuvo en vagabundear, oteando el panorama. Humedeció por turnos Chapadmalal y Punta Iglesias, la azotea del Casino y la avenida Colón; Barranca de los Lobos y el palacio de la Intendencia. Después comenzó a extenderse sin pausa, hasta nublar, quién sabe a costa de cuánto esfuerzo, los territorios completos de General Pueyrredón, General Alvarado y Lobería. Se sabía escuálida y de poca vida, y recibió con satisfacción a las grandes nubes negras que, ahora sí, empujadas por un vendaval, terminaron de matar a la resolana enfermiza.

A los saltos bajo el chaparrón, atropellándose en las escalinatas de la Costanera, los heliómanos en retirada vituperaban el humor celeste y puteaban a Casimiro, como si éste fuera autor del escarmiento. El agua violenta borró rápidamente de la arena sus huellas, pero no su resentimiento, que corrió a destilarse en estrechos cuartos de hotel y en chalés espaciosos donde esa noche no se podría comer asado al aire libre.

Tampoco fue posible hacerla al día siguiente, ni al otro, ni al otro. Los fabricantes de pastas se frotaban las manos, hervían de gente los cinematógrafos y una multitud de paraguas embanderaba la peatonal, mientras el mal tiempo des- lucía los cutis bronceados.

El día décimoquinto de enero, noveno de lluvias, los que partían de la terminal de ómnibus bajo el peso de sus vacaciones cercenadas y los que arribaban colmados de fe en un tiempo mejor descubrieron el puesto instalado por Casimiro para vender botas, galochas y perramus. Quienes se iban multiplicaron puteadas, quienes llegaban aún rieron, pero la información comunicada por un contingente al otro estableció para siempre las mentas del comerciante.

Dos días después el vespertino *Mardel* publicó en primera plana un reportaje a Casimiro Herrera. Ni la fotografía del cincuentón detrás del mostrador ni su nostalgia de viejo marinero sirvieron para iluminar la calamidad. Dijo que llovía como ésta no había visto en su vida, ni siquiera cuando tripulaba pesqueros en Necochea, cuyo clima es (todos lo sabemos) hartamente más caprichoso que el de Mar del Plata. En materia de meteorología se confesó un intuitivo, y la exactitud de su vaticinio sólo podía explicarla como un regalo del cielo. Deseaba, de todo corazón, el final de la lluvia, pero era incapaz de anunciarlo.

Esa noche, unos porteños que decidieron interrumpir su veraneo sin aguardar más un cambio de tiempo destruyeron la tienda de Casimiro, dejando al patrón de hospital. La intervención de la policía salvó la vida del hombre, sin que se

registraran detenciones.

Se acercaba el treinta. Un segundo aluvión de empapados se alistaba para la partida y el que debía reemplazarlo vacilaba en viajar (porque la noticia del estropicio había recorrido el país), cuando radios y televisoras marplatenses interrumpieron sus programas para dar a conocer un parte meteorológico. Dos causas apuntaban al mal tiempo en la zona. Una era el viento norte, la otra -fundamental- un anticiclón instalado sobre Necochea. Se aguardaba la llegada salvadora de un frente de aire frío que daría cuenta de la situación. Faltaban detalles sobre el destino del viento norte, no se citaba el origen de la observación, pero sobraba necesidad de creer, y todos creyeron.

Se volcaron en calles y plazas, permitiendo que la lluvia los calara hasta los huesos, y depositaron todos sus pensamientos en el sur. “No hay mal que dure cien años”, decían, festejando a crédito bajo el chapoteo infernal que pronto cumpliría un mes. Algunos quisieron saber qué opinaba Casimiro de la noticia, pero cuando llegaron a la terminal descubrieron que hombre y negocio habían desaparecido. De cualquier modo, los que partieron el treinta de enero lo hicieron espiritualmente confortados, mientras los que llegaron alimentaban una esperanza científicamente edificada. Sólo los nativos seguían preocupados, aunque se las arreglaban para ocultarlo. Corría entre ellos el rumor de que el informe meteorológico era una patraña urdida para evitar la ruina de la ciudad; y corrían chismes peores, a los que la desaparición de Casimiro otorgaba grave consistencia. Así que ellos ponían en el sur pensamientos mucho más funestos que los de los turistas.

El anticiclón no se mostraba dispuesto a ceder posiciones. Mar del Plata estaba anegada y el sol relucía en Necochea cuando, con marzo, abandonaron la ciudad los últimos creyentes. Libre de la obligación de simular, el pueblo salió a las calles, no ya con el fin de esperar que el frente fresco hiciera pedazos al anticiclón, sino para compartir angustias y gritarse lo que venían callando

desde hacía casi tres meses. Llovía en Miramar y llovía en Mar del Sur, llovía en Mechongué y en Otamendi, llovía en los balnearios del norte. El agua dulce había arrastrado playas enteras, diluyéndolas en mareas saladas y dejando al descubierto intransitables fondos de tosca, aunque muchos no lo hubieran notado porque pasaron el verano mirando el cielo.

-¿Llueve en Villa Gesell? -preguntó uno.

No, no llovía en Gesell.

-¿En el Tuyú? -averiguó otro.

Tampoco.

-Pero ellos no tienen anticiclones.

El anticiclón era atributo de Necochea, la patria de Casimiro, cuyo cadáver apareció la mañana siguiente, muy lavadito por la lluvia, en una playa escondida. Nunca se supo quiénes le dieron tierra, ni siquiera si lo enterraron.

Los vecinos se reunieron en asamblea para considerar la emergencia. Vestían impermeables, calzaban botas altas y compartían una inquina que se concentraba -siendo el anticiclón una entidad inaprensible- sobre Necochea y sus pobladores. Despacharon sucintamente la primera parte del orden del día, licitando la compra de botes de goma para uso oficial y la reconstrucción de puentes sobre El Durazno y La Tapera. A continuación enfrentaron el caso del meteoro, acicateados por la necesidad de eliminarlo antes de la siguiente temporada. Hombres prácticos, ajenos a toda superchería metafísica, se juzgaban víctimas de un complot. En tónica arenga, el primer orador bautizó al diluvio "El Malón de la Sinarquía" y propuso, entre vítores y aplausos, actos de represalia contra los necochenses.

El licenciado Dionisio, heredero de la vocación comercial de Casimiro (sus puestos de venta de botas y otros elementos anfibios aliviaban a la población en todo pueblo de la región llovida), moderó a los exaltados. Adujo (aunque sin mostrarse exageradamente convencido) que Necochea no se beneficiaba de la desgracia, sino que pagaba con un día de seca en sus estancias por cada día de agua en el extranjero. Tres meses de aguacero -añadió- pueden desconectar de la realidad, es decir alterarle la sesera, a cualquiera, pero no iban ellos, negociantes y hombres de bien, a dejarse llevar por un impulso. Propuso actuar con sagacidad, enviando comandos a dos lugares donde no llovía: el Observatorio Meteorológico de Villa Ortúzar y el mismísimo partido de Necochea.

El primero partió en el acto, con la misión de reunir datos del anticiclón, de las actitudes del viento norte y de las andanzas del frente frío. El segundo se demoró más en aprestos. Las rutas sureñas estaban cortadas y los campos

eran ciénagas; deberían marchar por la playa y vadear arroyos torrenciales hasta llegar al Quequén, en los confines de Lobería. Salieron tres hombres y seis caballos, cargados de vituallas, medicamentos y mapas dibujados en hojas de hule.

Los que volvieron de Buenos Aires no traían novedades. Tuvieron que usar anteojos oscuros para proteger sus pupilas divorciadas de la luz solar. Se les había concedido tanta hospitalidad y tanta información como, un mes antes, a los enviados de Necochea. Todo continuaba igual. El anticiclón inmóvil, el frente fresco estacionario, y era imposible determinar qué diablos estaba haciendo el viento norte. Traían una fotocopia del pronóstico del Observatorio para el día siguiente: lluvia y tormentas eléctricas en la zona de Mar del Plata, tiempo inestable en el resto del país.

Una semana después, a los resbalones y vomitando barro, llegó el único sobreviviente del cuerpo de espionaje. Un hombre se había perdido al separarse del grupo en el Vivero de Miramar, el otro pereció ahogado al atravesar una acequia. Pero no venía él espeluznado por estas pérdidas, ni por el frío y el lodo, sino por los horrores que había visto. ¡En Necochea reinaba el buen tiempo con precisión cartográfica! ¡El anticiclón tenía la forma exacta del límite de Necochea con Lobería! ¡El torrente bordeaba sin trasponer la frontera de Lobería con Necochea! ¡Sólo faltaba trazar una línea punteada en las alturas para dividir políticamente el firmamento! Si alguien creía en un milagro, que lo dijera; él opinaba que era hora de averiguar quién había enseñado historia y geografía a un anticiclón. También estaba enterado, gracias a un confidente -agregó- de la existencia en Necochea de una fábrica de adminículos a prueba de agua, de capital desconocido, que funcionaba desde diciembre. Esto lo dijo dirigiéndose a Dionisio, con un resplandor maligno en sus ojos desencajados por las penurias.

El licenciado respondió con seguridad. No era de los que creen en milagros. No. Por eso, y porque apreciaba debidamente los sufrimientos padecidos por el expedicionario, que podrían trastornar a cualquiera, seguía incapaz de concebir la existencia de un anticiclón o una tormenta tan bien contorneados. Es imposible modelar una lluvia calcándola de un mapa, regular por trigonometría los diseños de la naturaleza. Pero tampoco iba a desmentir en la cara a un vecino respetable y valiente, por aventurados que le parecieran sus dichos. Sugirió la constitución de una milicia bien pertrechada para dirigirse a la frontera. Si el recién llegado estaba en lo cierto, él mismo, como comandante, lanzaría la orden de punición.

-Al terreno todos lo sabemos de memoria -terminó, encarando al espía-. Usted se quedará en casa a reponer fuerzas.

La imponente caballería municipal se puso en marcha al anochecer, armada de rifles y cachiporras de goma. Orillando el mar crecido, sortearon La

Ballenera, El Remanso, Nutria Mansa y el Médano Viernes, y alcanzaron con el alba las playas de Costa Bonita. Allí Dionisio quiso hacer un alto, diciendo que se adelantaría hasta las posiciones del anticiclón en tren de explorador. Pero la tropa protestó.

-Recuerde usted lo que le ocurrió al espía.

-No debemos separarnos, señor.

-Muchos ojos ven más que dos.

El más enérgico fue Gilino, que en la vida civil era bombero:

-Queremos tenerlo cerca, general. Por si las moscas... -dijo, cacheteándose con suavidad las botas de goma.

Dionisio respetó el resultado de la votación y siguieron avanzando, en procura del puente sobre el Quequén. Ya veían, como a través de cristales empañados, la ciudad de Necochea del otro lado de la lluvia, entibiándose al sol entre ornatos de arcoiris. Dos cielos se recortaban sobre el horizonte marino. Uno, el de ellos, era negro y silbaba aguas; el otro, al fondo, hacía doler los ojos de blancura y puntos negros que volaban como gaviotas. Apuraron la marcha.

Faltaban unos doscientos metros para pisar el puente. Los jinetes silenciosos observaron con preocupación unos infantes que los esperaban enfrente, tan bien armados como ellos, pero secos. Gilino dijo que era un error intentar el cruce y que más valía retroceder. No había terminado de hablar, cuando Dionisio espoleó su cabalgadura y saltó disparado en dirección a Necochea, atravesando los metros postreros de la jurisdicción ácuea. No tuvieron tiempo para pensar en perseguirlo. Al paso del fugitivo el río hinchado por el diluvio se elevó en un rugido de cólera, sacudiendo al puente y arrastrando a hombre y animal con tanta violencia, que fue imposible decidir si murieron ahogados o aplastados.

Separados por la corriente, los secos y los mojados permanecieron un momento inmóviles, con los ojos muy abiertos, congelados por el terror. Reaccionaron al mismo tiempo, adelantándose unos pasos, como si estuvieran dispuestos a alzar vuelo para encontrarse y luchar. Pero se detuvieron y miraron -a la derecha los de Necochea, a la izquierda los otros- el mar, en busca de alguna señal visible del desaparecido. En ese instante enlutó la totalidad del cielo, una corona de relámpagos besó las olas que presumiblemente tapaban al mercader, y la lluvia se expandió bruscamente, bañando también los pagos de Necochea. Los hombres de a pie escaparon a guarecerse en sus casas; los de a caballo, acostumbrados a la mojadura y sin tener donde meterse, se quedaron como estaban.

Al ratito aclaró, y la tierra asfixiada empezó a escurrirse y hervir al sol, de igual modo que las vestimentas de los hombres.

Estos habían adoptado, sin darse cuenta, una solemne formación militar, en la que Gilino ocupaba el puesto de comandante. A él se dirigieron pues, en busca de respuestas, las caras aleladas de sus convecinos.

Gilino invocó las fuerzas del mar y las del cielo, y habló.

-Muerto el perro se acabó la rabia -dijo.

Y volvió grupas.

Bastaron unos días de sol para que los pueblos de Pueyrredón, Alvarado y Lobería olvidaran el anticiclón, y unas gotas de lluvia para que el de Necochea desestimara los daños de la seca. El espía se había vuelto loco de verdad y fue despachado a un hospicio de Buenos Aires, donde aún debe estar, envuelto en líneas punteadas. Nadie notó la ausencia del licenciado Dionisio, al que se creía emigrado, y el bombero Gilino señaló (sólo un par de veces, y después no volvió a hablar del asunto) que los aguaceros no son unánimes, y que en algún lugar tiene siempre la lluvia que dar paso al sol. “¿Y qué le importa al llovido dónde deja de llover?”.

La profesión de fe de Gilino omitía referirse a lo descomedido de la precipitación, pero cundió entre sus vecinos como doctrina necesaria. Todos dejaron de hacerse preguntas incómodas y cultivaron la amnesia con amor de hortelanos, bajo las caricias del clima propicio. En mayo ya nadie temía que al anticiclón se le ocurriera regresar, en junio era posible pasear por la Bristol sin recordar a Casimiro, y en julio nadie sabía nada de nada.

Los necochenses, cuyos periódicos habían reclamado en abril la búsqueda, exhumación y autopsia del cuerpo de “El Profeta de la Playa”, entendieron ahora que a la paz de espíritu no le convienen los héroes, y siendo ellos los únicos que podían vindicar uno, se desligaron del asunto declarándolo marplatense primero, y arrojándolo de las memorias, después. Si alguien, en algún lugar de la costa, consideró esto una injusticia, se cuidó mucho de decirlo en voz alta.

Así, no hubo necesidad de mentirle a los estudiosos enviados por el Observatorio de Villa Ortúzar para investigar los milagros de nuestras playas. Se convencieron por sí mismos de que ni el diluvio ni Casimiro existieron. Se marcharon de vuelta con un aire vagamente parecido al que tuvimos, hace unos meses que parecen años, los que volvimos de la frontera del Quequén capitaneados por Gilino: el aire entre ridículo y feliz de quien emerge de una fábula.

Persecución

Fue hacia 1959 cuando Martín Campos tuvo la deferencia de agregarme a la lista de privilegiados que reciben, no mediante desembolso, sino por propio mérito, el ejemplar dominical de *La Gaceta* de Tucumán. Recuerdo todavía que ese gesto amistoso me hizo feliz, porque parecía involucrar el reconocimiento de ciertos méritos intelectuales a cuya contemplación ya entonces me dedicaba. Entonces yo sabía muy poco de *La Gaceta*: apenas que su suplemento literario era de los mejores, que no era posible comprarlo, y que gente que yo creía importante lo leía con atención. Es innecesario ocultar que el privilegio conferido por Martín me produjo un orgullo secreto, una satisfactoria sensación de respeto por mi persona, que creí muchas veces reflejada en la mirada del cartero que a lo largo de una década se encargó de cumplir el deseo de Martín, desmintiendo a los críticos que denigran malintencionadamente nuestro servicio postal. Aquella tarde de 1959, Martín y yo tomamos cerveza en un café de 25 de Mayo, mientras su vozarrón intimidatorio se burlaba de Borges, y yo sentí que algo había cambiado en mi vida.

No pasó mucho tiempo hasta que llegó el primer ejemplar. Lo desplegué con premura, lo leí con veneración, pero soy incapaz de recordar en qué profundidades estaba metido ese envío inaugural. La llegada regular de los sucesivos suavizó el entusiasmo inicial; pronto dejé de leerlos en toda su extensión, y hasta llegué a contentarme con un vistazo a los títulos. Por último, una modificación de carácter por la cual me resisto a disculparme me hizo descreer de la importancia de *La Gaceta*, y los ejemplares, doblados en cuatro, comenzaron a apilarse monótonamente sobre el techo de la biblioteca.

Llegó el día que en mi vida se repite con asiduidad en que una sorda desesperación me obligó a limpiar y ordenar mi estudio. En homenaje a *La Gaceta*, debo decir que me acometieron serias dudas acerca de su sacrificio y que, armado de una tijera, perdí todo un día en salvar ciertos artículos del incinerador. Es verdad que mientras lo hacía, con los dedos acalambrados en la tijera, adivinaba la completa inutilidad del acto, sabía que esos recortes nunca serían consultados. Y aunque, en efecto, el sobre donde los guardé fue eliminado durante una limpieza posterior, la intranquilidad de conciencia que acompañó al acto destructor debe ser suficiente para serenar a los directores del periódico.

En este punto de la historia, ninguna confesión me atemoriza. Llegó un momento en que el regalo de Campos comenzó a pasar raudamente de las manos del cartero al tacho de basura. Esta rutina inalterable, semanal, llegó a ponerme nervioso: había algo humillante en el manotón mal-humorado con que debía espantar al moscardón hebdomadario que me mandaba, ya para molestarme, el Jardín de la República, y una rebeldía apenas controlable asomaba cada vez que el cartero, con tenacidad y sonrisa dignas de mejor causa, me hacía entrega del ejemplar. Para probar algo, escribí a la dirección



del diario sugiriendo la conveniencia de eliminarme de sus listas, ahorrando de ese modo gastos de franqueo y evitando a la prensa tucumana un agravio que no estaba en mi intención cometer, pero que se repetiría inevitablemente si *La Gaceta* continuaba persiguiéndome. No hubo respuesta, y una *Gaceta* incesante, torrencial, siguió golpeando mi vida, en busca del tacho de basura. También intenté ignorarla, abandonarla en el zaguán con el resto de la correspondencia, delegando en algún familiar la misión de eliminarla. Inútil. *La Gaceta* quedaba por ahí, dando vueltas por la casa, apareciendo en la mesa del comedor, arriba del piano, o sobre mi propia cama, esto último gracias a la preocupación de papá, cuya veneración por la literatura nacional le impedía privarme de un presente tan delicado. Muchas veces *La Gaceta* pudo postergar su ejecución gracias a él, que de vez en cuando la leía. Después, cuando me la pasaba, yo debía simular cierto interés y ocultar mis propósitos inquisitoriales, que no hubieran dejado de provocar una discusión. Y así iba transcurriendo mi vida, castigada por esa roncha que me rascaba con antipatía una vez a la semana, aunque ya embebido de cierta resignación.

Resignación que los hechos posteriores hubieran convertido en desesperación de no mediar la solidez de mi espíritu. Hasta la fecha de mi casamiento, la persecución de *La Gaceta*, aunque urticante, no parecía del todo grave; fue sólo al abandonar el querido barrio de Caballito para trasladarme a los lares germánicos de Vicente López cuando empecé a comprender que una fatalidad impresa se cernía sobre mí, que el sabueso tucumano no estaba dispuesto a abandonar mi rastro. Más exactamente, lo comprendí el día que papá me alcanzó, cuidadosamente envueltos, veintidós ejemplares de *La Gaceta* correspondientes a otras tantas semanas de mi ausencia. Desde entonces, periódicamente, papá reitera esa diligencia que yo le agradezco. Esos ejemplares no llegaron nunca a un tacho de basura: terminaron su carrera -en lo que a mí se refiere- en distintas calles de la ciudad, arrojados de a pie o desde el coche, con un gesto rabioso que quizá satisface a la inteligencia perversa que anima la persecución.

Apenas hace falta decir que ni siquiera la danza de mi familia logró detener la afluencia de *La Gaceta*. El taller de papá sigue en Caballito, y es atendido por el cartero gordo y siempre sudoroso cuyo cariño hacia los míos le impediría privados de su correspondencia.

De modo que, cada semana, deja alegremente en el taller el envío que Martín previó hace diez años, Y que cumple SU destino con la complicidad inesperada de mi padre. Afortunadamente, el gesto de recibir *La Gaceta* se ha vuelto mecánico Y ya no tengo que simular que me intereso en ella. Papá lo da por supuesto, imagina en mi casa una colección de dos lustros de ensayos, cuentos, poemas y polémicas epistolares, amorosamente guardados. Por mi parte, me sorprende, cada vez que arrojo un ejemplar a una zanja, al no encontrar en las cercanías los números anteriores, eternos y vengativos, como

parece corresponder a su personalidad. Me he acostumbrado, en realidad, a esta visita ominosa e insoslayable, y estoy seguro de que me bastaría saber que puedo interrumpirla a voluntad para perder toda mi animadversión hacia ella, y hasta para esperada con amor. No es *La Gaceta* lo que me molesta, sino mi impotencia ante el destino.

Hace poco encontré a Martín y le comenté -como en broma- el asunto. Se rió mucho, pero lo que dijo me dejó pensando. Parece que el ingreso a la lista de los privilegiados que reciben gratuitamente *La Gaceta* es irreversible, que nada hay capaz de detener esa máquina implacable que divide la eternidad en semanas, utilizando a manera de cronómetro la elogiada vocación literaria de un puñado de argentinos. Incesantemente, con fanática regularidad, cientos de *Gacetas* parten en busca de sus destinatarios y seguirán haciéndolo siempre. Martín sabe (en la Dirección lo comentan con orgullo) que alguien la recibe en Kenya. También sabe que aún hoy, cuando la carne del pobre Fatone ya está deshecha, un ejemplar a su nombre llega semanalmente a Nueva Delhi. El mundo tiembla, operan al Papa de la próstata, mis células envejecen, y *La Gaceta*, dirigida por un poder misterioso, vuela en picada implacablemente sobre sus elegidos.

Supongo que su persecución sobrevivirá a mi cuerpo como sobrevivió al de Fatone, y me entretengo pensando que *La Gaceta* es el tiempo mismo que me hace el favor de recordarme cada siete días su presencia, su curso incorruptible. Cada vez que ella llega a mis manos sé que pasaron siete días, que voy a vivir una *Gaceta* menos. Este eficaz recordatorio me evita distracciones, me lanza semanalmente a la empresa de vivir.

Esta es la interpretación final, la que me permitió aceptar la persecución sin resquemor, hasta con agradecimiento. Ahora pienso que es la única reacción apropiada. Sé que hay gente que ignora la persecución, que ni siquiera se entera de que recibe su *Gaceta*, pero esta evasión no está a mi alcance, ni soy capaz de sumergirme en la locura. Tampoco me resulta posible imaginar salvaciones vulgares: la solidez de la empresa editora de *La Gaceta* es bien conocida, y ninguna consideración de orden físico o metafísico podría conmover a este puntal de la cultura tucumana. Sólo me resta encontrar algún placer en el dolor de sus agujonazos semanales, aprender a vivir con ellos, e imaginar un último número, el olvido, la detención de la rueda que sólo para mí se detendrá algún día.